



Índice

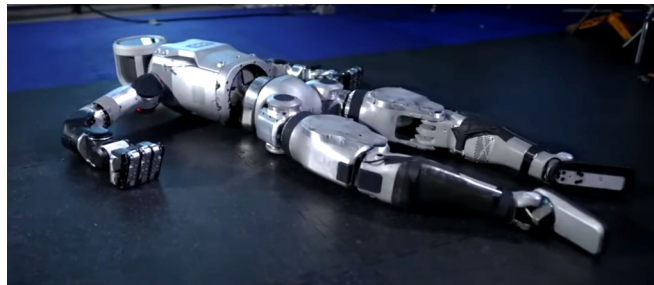
1) Video: La era de los robots está más cerca que nunca.....	1
2) ¿Qué fueron las Inquisiciones?.....	1
3) Tomás de Torquemada, el gran inquisidor:.....	3
4) Humor - Chistes españoles.....	3
5) Dos números menos :.....	4
6) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman ».....	5
Aceite de ricino y mística:.....	5
La misma frase:.....	6



UNED = Universidad Nacional de Educación a Distancia.

INEM = El Servicio Público de Empleo Estatal, SEPE, antiguo INEM, es un organismo del Ministerio de Trabajo para gestionar las prestaciones por desempleo.

1) Video: La era de los robots está más cerca que nunca...



2) ¿Qué fueron las Inquisiciones?

Las Inquisiciones eran instituciones judiciales o tribunales establecidos por la Iglesia Católica Romana para buscar, juzgar y condenar a las personas que la Iglesia Católica Romana consideraba culpables de herejía. El propósito de las inquisiciones era asegurar y mantener la unidad religiosa y doctrinal en la Iglesia Católica Romana y en todo el Sacro Imperio Romano, mediante la conversión o la persecución de los supuestos herejes. Por lo general, los historiadores distinguen las Inquisiciones a partir de cuatro periodos de tiempo y áreas diferentes en las que tuvieron lugar. Se trata de la Inquisición Medieval o Episcopal, la Inquisición Española, la Inquisición Portuguesa y la Inquisición Romana.

La primera de las Inquisiciones se conoce como la **Inquisición Medieval o Episcopal** y se refiere a los diversos tribunales que comenzaron alrededor de 1184. Ésta incluye la Inquisición Episcopal (1184-1230) y **la Inquisición Papal (1230)**, que surgieron como respuesta a grandes movimientos populares en Europa que eran considerados heréticos por la Iglesia Católica Romana. Fue durante esta época (1231) cuando el Papa Gregorio IX delegó el poder de castigar a los herejes a los obispos locales y puso a los inquisidores bajo la jurisdicción y

autoridad especial del papado. También estableció castigos severos para los culpables de cometer herejía, y su decreto estableció nuevas directrices para investigar y castigar la herejía en el Sacro Imperio Romano. Generalmente, cuando se organizaba una Inquisición para investigar la herejía en una zona concreta del Sacro Imperio Romano, el Papa nombraba a dos inquisidores, cada uno de los cuales tenía la misma autoridad en la Inquisición o tribunal. Como estos inquisidores tenían el poder de investigar y excomulgar incluso a los príncipes, ejercían un enorme poder e influencia en el Sacro Imperio Romano.

Aunque algunos de los inquisidores tenían fama de ser hombres de justicia y misericordia, otros eran conocidos por someter a la gente a castigos crueles e inusuales, incluyendo muchas clases diferentes de tortura, que es por lo que generalmente se recuerda a las Inquisiciones. Como podían encarcelar a los sospechosos que creían que mentían, algunos inquisidores utilizaban la tortura para hacerles admitir lo que el inquisidor quería oír. En 1252, el Papa Inocencio IV sancionó oficialmente la tortura como forma de sacar la "verdad" a los sospechosos. Antes de esa fecha, este tipo de castigo extremo era desconocido para la tradición y la práctica eclesiástica. Sólo durante la Inquisición española, se quemaron en la hoguera unas 2.000 personas en la década siguiente al inicio de la Inquisición.

El siguiente periodo importante de la Inquisición se conoce como la Inquisición española. Fue establecida por los reyes Fernando e Isabel de España en 1478 con la aprobación del Papa Sixto IV. A diferencia de la Inquisición anterior, estaba completamente bajo la autoridad real y contaba con personal del clero secular. Se centró principalmente en los judíos que habían profesado su conversión al catolicismo romano, pero de los que se sospechaba que seguían practicando el judaísmo. Después, con la expansión del protestantismo en España, la Inquisición también comenzaría a perseguir a los protestantes que se separaban de la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, tras el declive de las disputas religiosas en el siglo XVII, la Inquisición española se convirtió esencialmente en una policía secreta que investigaba y tomaba represalias contra las amenazas internas a las autoridades españolas. La Inquisición española es probablemente la más infame por sus torturas y el número de personas ejecutadas como resultado de las mismas. A lo largo de su historia, la Inquisición española juzgó a más de 341.000 personas, de las cuales unas 32.000 fueron ejecutadas.



Otro periodo importante se conoce como la Inquisición portuguesa y fue establecida en Portugal en 1536 por el rey de Portugal, João III, y funcionaba de forma muy parecida a la más famosa Inquisición española. Luego, en 1560, en la India y otras partes del Imperio portugués en Asia, se estableció la Inquisición de Goa, en la ciudad india de Goa, para hacer frente a los conversos del hinduismo que se sospechaba que seguían practicando o sosteniendo algunas creencias hindúes.

El último periodo se conoce como la Inquisición Romana, y se estableció en 1542 cuando el Papa Pablo III estableció el Santo Oficio como tribunal de apelación final en todos los juicios por herejía. Este grupo estaba formado por cardenales y otros funcionarios cuya tarea era mantener y defender las doctrinas de la Iglesia Católica Romana. Este grupo desempeñó un papel importante en la Contrarreforma, y fue también este organismo el que condenó a Galileo por "grave sospecha de herejía" y prohibió todas sus obras en 1633 por enseñar que la Tierra y otros planetas orbitaban alrededor del Sol. *En 1965, el Papa Pablo VI reorganizó el Santo Oficio y lo rebautizó como Congregación para la Doctrina de la Fe, y sigue vigente en la actualidad.*

3) Tomás de Torquemada, el gran inquisidor:



La sombra de Fray Tomás de Torquemada es alargada, oscura y supera con creces la realidad histórica de la España del siglo XV. El nombre del Tribunal de la Santa Inquisición arrostra una leyenda negra en la que el nombre de Torquemada destaca como un símbolo que ha trascendido las fronteras de la propia España. Retirado en el convento de Santo Tomás de Ávila, que él mismo fundó, Tomás de Torquemada, cuya figura ha acabado convertida en paradigma de la intolerancia, la represión y la crueldad, moría allí el 16 de septiembre de 1498.

Un fraile de ascendencia judía

Tomás de Torquemada había nacido el 14 de octubre de 1420 probablemente en Valladolid, aunque algunas fuentes apuntan que fue en la localidad homónima de Torquemada, en la provincia de Palencia. De familia con ascendencia judía, Torquemada fue sobrino del cardenal y teólogo dominico Juan de Torquemada, el cual había sido confesor del rey Juan II de Castilla. Tras ordenarse fraile dominico en el Convento de San Pablo, Torquemada fue nombrado prior del convento de Santa Cruz de Segovia, donde impuso la estricta regla dominica y donde su "prudencia, rectitud y santidad" tuvieron una gran influencia sobre los reyes de Castilla y Aragón. Torquemada vivió en lujosos palacios donde fue atendido por numerosos criados. Acumuló asimismo una gran fortuna, que procedía en parte de los bienes confiscados a los herejes, que donó a sus parientes y allegados, a los monasterios de Santa Cruz de Segovia y Santo Tomás de Ávila. La ambición de Torquemada y su paciencia dieron sus frutos cuando fue propuesto para los importantes cargos de confesor real y, luego, de inquisidor general. Durante los diez años en los que el fraile dominico estuvo al frente del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, hasta la orden de expulsión de los judíos en 1492, al parecer hubo más de tres mil ejecuciones y un número varias veces superior de encarcelamientos, confiscaciones, torturas y degradaciones públicas. Las decisiones de Torquemada le acabaron acarreando enemistades de muy diversa índole, y debido a su temor a posibles atentados, los reyes le concedieron una escolta para que le acompañase durante sus viajes.

4) Humor - Chistes españoles

1. Tres párrocos cuentan cómo reparten el dinero de las limosnas:

Andaluz: Yo marco una raya, tiro el dinero al aire, lo que caiga a la derecha de la raya es para Dios.

Extremeño: Yo marco un círculo, lo que caiga dentro es para mí, el resto para Dios.

El de Caspe: Yo tiro el dinero al aire, que Dios agarre el que pueda, porque lo que caiga para abajo es mío.

2. –¿Cómo te llamas?

–Yo Miguel, ¿y tú?

–Yo no.

3. Un catalán se asoma a un precipicio, resbala y cae al vacío. A 20 metros del suelo consigue agarrarse a una rama seca que sale de una grieta del acantilado. La rama se dobla, pero no se rompe. Sin embargo, el catalán la oye crujir peligrosamente. Entonces, voz en grito, nuestro hombre pide socorro. Nadie le responde. El catalán grita más fuerte, soltando un par de sentidos tacos. Esta vez el catalán oye una voz cavernosa que parece provenir de detrás de las nubes:

–Calma, hijo, calma. Yo me ocupo de salvarte. Soy Dios. Ahora mismo te mando a tu ángel de la guarda. Bajaré planeando hasta colocarse debajo de ti. Entonces tú te dejarás caer suavemente sobre el plumón de sus alas y él te bajará sin tropiezos hasta el suelo.

Silencio del catalán. Entonces Dios, ligeramente amoscado, le pregunta:

–¿Supongo que tendrás confianza en tu ángel de la guarda?

El catalán tarda en contestar:

–Sí, pero oiga... ¿es que no hay nadie más?

4. Una vieja señora pregunta a un nigeriano:

–¿Oiga, usted es negro, verdad?

–Sí señora. ¿Y cómo lo ha sabido?

–Hombre, por el acento.

5. Muere Pepe el Friolero. Después de unos años muere su mujer y quiere saber dónde se encuentra el alma de su marido. Va al cielo, allí no está. Va al purgatorio, tampoco. Se acerca al infierno por un túnel muy largo en el que reina un calor insostenible. Al final del túnel ve un resplandor de fuego, es la puerta incandescente del infierno. Coge una piedra y la tira contra la puerta para que le abran. Un demonio, que hace de portero de turno,

entreabre la puerta para ver quién llama y se oye un voz desde dentro del infierno:

—¡Esa puerta, que hay corriente!

6. Un gitano está muy enfermo. Su mujer llama al médico, que llega, lo examina y ve que ya no tiene remedio. Al salir de la habitación, le dice a la esposa del enfermo de muerte:

—Mire, señora, su marido está enfermo de muerte. No me atrevo a decírselo porque le acortaría aún más su vida. Es mejor que muera sin saberlo, que muera tranquilo. La noticia le amargaría los últimos días de su vida.

—Mire, doctor, usted no se preocupe que yo se lo diré de una manera que lo va a entender sin asustarse.

La esposa entra la habitación del enfermo y le dice en tono alegre y muy natural:

—Mira, Juan, el doctor dice que tiene un pie en la sepultura y el otro en una cáscara de plátano.

El marido se ríe y se queda tranquilo diciendo:

—En realidad, Matilde, tienes un humor que resucita a los muertos.

7. —Mire, somos de la televisión.

¿Cuál es la persona más vieja de todo este pueblo?

—Pues ahora nadie. La más vieja murió hace dos semanas.

8. —Hija mía, si Ricardo te propone casamiento, dile que hable conmigo.

—Y si no me lo propone.

—En ese caso, hablaré yo con él..

9. Un señor estaba arreglando las tejas del tejado de su casa. Resbaló y se cayó a la calle. Llega corriendo la policía y le pregunta al herido:

—¿Qué pasó?

—Pues yo no sé. Pregunta usted a otro porque yo acabo de llegar.

10. Un mendigo con unas gafas oscuras pide limosna en la calle:

—Tenga usted piedad con este pobre ciego que no tiene trabajo y tiene que mantener a una familia numerosa.

—Oiga, buen señor, y ¿cuántos hijos tiene usted que mantener?

—Pues no lo sé, señora; como no veo...



5) Dos números menos :



Un hombre entra en una zapatería, y un amable vendedor se le acerca:

- ¿En qué puedo servirle, señor?

- Quisiera un par de zapatos negros como los del escaparate.

- Cómo no, señor. Veamos: el número que busca debe ser... el cuarenta y uno. ¿Verdad?

- No. Quiero un treinta y nueve, por favor.

- Disculpe, señor. Hace veinte años que trabajo en esto y su número debe ser un cuarenta y uno. Quizás un cuarenta, pero no un treinta y nueve.

- Un treinta y nueve, por favor.

- Disculpe, ¿me permite que le mida el pie?

- Mida lo que quiera, pero yo quiero un par de zapatos del treinta y nueve.

El vendedor saca del cajón ese extraño aparato que usan los vendedores de zapatos para medir pies y, con satisfacción, proclama «¿Lo ve? Lo que yo decía: ¡un cuarenta y uno!».

- Dígame: ¿quién va a pagar los zapatos, usted o yo?

- Usted.

- Bien. Entonces, ¿me trae un treinta y nueve?

El vendedor, entre resignado y sorprendido, va a buscar el par de zapatos del número treinta y nueve. Por el camino se da cuenta de lo que ocurre: los zapatos no son para el hombre, sino que seguramente son para hacer un regalo.

- Señor, aquí los tiene: del treinta y nueve, y negros.

- ¿Me da un calzador?

- ¿Se los va a poner?

- Sí, claro.

- ¿Son para usted?

- ¡Sí! ¿Me trae un calzador?

El calzador es imprescindible para conseguir que ese pie entre en ese zapato. Después de varios intentos y de ridículas posiciones, el cliente consigue meter todo el pie dentro del zapato.

Entre ayes y gruñidos camina algunos pasos sobre la alfombra, con creciente dificultad.

- Está bien. Me los llevo.

Al vendedor le duelen sus propios pies sólo de imaginar los dedos del cliente aplastados dentro de los zapatos del treinta y nueve.

- ¿Se los envuelvo?

- No, gracias. Me los llevo puestos.

El cliente sale de la tienda y camina, como puede, las tres manzanas que le separan de su trabajo. Trabaja como cajero en un banco.

A las cuatro de la tarde, después de haber pasado más de seis horas de pie dentro de esos zapatos, su cara está desencajada, tiene los ojos enrojecidos y las lágrimas caen copiosamente de sus ojos.

Su compañero de la caja de al lado lo ha estado observando toda la tarde y está preocupado por él.

- ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

- No. Son los zapatos.

- ¿Qué les pasa a los zapatos?

- Me aprietan.

- ¿Qué les ha pasado? ¿Se han mojado?

- No. Son dos números más pequeños que mi pie.

- ¿De quién son?

- Míos.

- No te entiendo. ¿No te duelen los pies?

- Me están matando, los pies.

- ¿Y entonces?

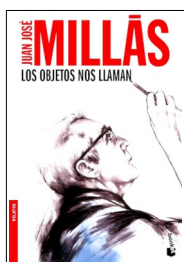
- Te explico -dice, tragando saliva-. Yo no vivo una vida de grandes satisfacciones. En realidad, en los últimos tiempos, tengo muy pocos momentos agradables.

- ¿Y?

- Me estoy matando con estos zapatos. Sufro terriblemente, es cierto... Pero, dentro de unas horas, cuando llegue a mi casa y me los quite, ¿imaginas el placer que sentiré? ¡Qué placer, tío! ¡Qué placer!

6) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman »

Aceite de ricino y mística:



Mi madre daba una importancia enorme al estado de la lengua. Por la mañana nos ponía en fila y uno a uno íbamos enseñándosela. A continuación decidía quiénes debíamos tomar aceite de ricino y quiénes no. El aceite de ricino tenía un sabor repugnante, aunque a mi hermano Antonio, que era muy raro, parecía encantarle. A veces se tomaba a escondidas el mío y el de mi hermana Elvira

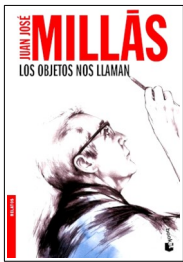
- Cómo puede gustarte? le preguntaba yo.

-No me gusta, pero me estoy acostumbrando poco a poco a las cosas que no me gustan.

Años más tarde observé con sorpresa que ese modo que tenía mi hermano de enfrentarse a la realidad aparecía en los libros de texto con el nombre de ascetismo. El asceta busca el bien a través del mal. O se mortifica para alcanzar el bienestar, como ustedes prefieran. Mi hermano era un asceta sin haber llegado a oír jamás tan curiosa palabra. Algunos días se ensuciaba la lengua voluntariamente con un poco de tinta para que le administraran una ración doble de la pócima. Aseguraba que se quedaba más tranquilo si comenzaba la jornada con un castigo innecesario. Presagiaba que el futuro estaría lleno de cosas innecesarias que de todos modos nos tendríamos que tragar, en lo que no estaba equivocado. Yo, menos sufrido que él, o quizá más partidario de la mística, que consiste en que el bien te llegue de manera gratuita, o sea, porque sí, me lavaba la lengua con la punta de una toalla en la que aplicaba un poco de jabón. Conservo desde entonces la costumbre de mirarme la lengua en el espejo, al levantarme. No es una costumbre tan rara: lo hacen en las películas muchos personajes. Lo que no sé es si todos buscamos lo mismo. Quizá en la lengua, como en las líneas de las manos, se pueda leer el futuro, o al menos el pasado inmediato. Las noches que tengo pesadillas, de hecho, me levanto con la lengua sucia. Entonces voy a la

cocina y me tomo no una, sino dos cucharadas de aceite de ricino, una por mí y otra por mi hermano Antonio, que falleció la primavera pasada. Ya no me da tanto asco. Hasta me gusta un poco. Aunque no he logrado acostumbrarme del todo a las cosas que no gustan, he desarrollado hacia ellas una tolerancia interesante. Con los años, y al comprender que la mística era una quimera, me estoy volviendo asceta. Cada día, encuentro un pequeño sufrimiento con el que castigar mi lengua. Y no lo hago por Dios ni por el diablo ni por el hambre en el mundo; lo hago por el pasado, hacia el que conservo una fidelidad enfermiza.

La misma frase:



Mi madre tenía una muñeca rusa que le había traído mi padre de París. A mis hermanos les enloquecía que al abrirla apareciera dentro otra muñeca idéntica. Pensaban que era el colmo de lo anormal. Yo, más ingenuo, creía que los seres humanos estábamos constituidos de ese modo. Así, dentro de mi profesor de matemáticas habría otro profesor de matemáticas un poco más pequeño y otro y otro y otro... Tenía un compañero cojo, de nombre Antonio, que se caía a veces por las escaleras. Yo siempre esperaba que se rompiera para ver salir de él a un pequeño ejército de antonios cojeando por las dependencias del colegio.

Aunque luego, en la asignatura de ciencias naturales, me dijeron que por dentro estábamos hechos de otro modo, siempre me imaginé a mí mismo lleno de juanjos que disminuían de tamaño a medida que se acercaban a lo más profundo de mí mismo.

Ya de mayor, cuando al estudiar preceptiva literaria intenté comprender las diferencias entre continente y contenido, me acordé con frecuencia de la muñeca rusa y comprendí que no hay contenido más eficaz que el propio continente, pero no he logrado llevar esa idea a la literatura. Aun sabiendo, teóricamente al menos, que en el fondo sólo hay forma, me relaciono con el mundo como si fueran cosas diferentes. Por eso, cuando en los anaqueles de una tienda veo una muñeca rusa, la abro y la abro hasta el final con la esperanza de encontrar dentro algo diferente a la propia muñeca. Pero nunca aparece. Y quizá ése es su secreto. No se sabe de nadie que pase con indiferencia ante uno de esos artefactos, pese aunque no hay tampoco ninguna posibilidad de que apertura nos depare una sorpresa.

La muñeca rusa de mi madre estaba en una especie de tocador que había en su dormitorio. A veces, escondido debajo de la cama, veía cómo ella abría y cerraba el artefacto soviético procedente de París. Daba la impresión de buscar dentro de la muñeca algo que no encontraba dentro de sí misma. Y siempre lo abandonaba con un gesto de decepción para rizarse las pestañas. Pero yo creo que se trataba de una decepción activa. El humor, según Bergson, es una espera decepcionada. Las muñecas rusas esconden un sistema filosófico que provoca un sentimiento semejante. Uno sospecha que la vida, de ser algo, es esa sucesión de lo mismo dentro de lo mismo. Yo lo entendí de pequeño, frente a la perplejidad de mis hermanos y de mi madre, pero lo desentendí de mayor. Y todo porque no he conseguido escribir una frase que dentro de sí contenga la misma frase y la misma frase y la misma frase...

